

Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 4, Hebreos 3:1-4:13: Los peligros de la desconfianza

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

El siguiente segmento importante de Hebreos 3:1 a 4:13 se centra en las reflexiones del autor sobre Moisés y la generación del Éxodo que salió de Egipto con Moisés y cómo los ejemplos de estas figuras informan nuestro pensamiento sobre Jesús, el Hijo, y nuestro pensamiento como aquellos que ahora siguen al Hijo en un nuevo Éxodo propio desde este reino material temporal al reino divino. En estos capítulos, podemos observar un flujo argumentativo bastante distintivo. En 3.1 a 6, el autor cambia su atención de temas pertinentes a la comparación de Jesús con los ángeles a una comparación de Jesús con Moisés.

Y, como veremos, este es un segundo paso bastante sensato en la comparación que el autor hace de Jesús con figuras importantes en la mediación del Primer Pacto o del Antiguo Pacto. En 3:7 a 19, el autor se lanza a una larga exhortación construida alrededor de la historia de la generación del desierto o la generación del Éxodo, primero como se recuerda en el Salmo 95 pero se cuenta mucho más completamente en Números capítulo 14. El autor examina la historia en busca de la dinámica de la promesa divina y la infidelidad humana en juego en ella, con vistas a advertir a los oyentes sobre la dinámica similar en juego en su situación, instándolos luego en 4:1 a 11 a no tomar las mismas decisiones desventajosas y en última instancia autodestructivas que tomó la generación del desierto en el mismo umbral de entrar en Canaán.

Finalmente, el autor cierra este segmento en el capítulo 4, versículos 12 y 13, con una breve advertencia sobre el poder de la Palabra de Dios y, por lo tanto, la importancia de responder a esta palabra correctamente. En 3:1 y 2, el autor comienza a comparar a Cristo con Moisés. Por lo cual, hermanos santos y participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, es decir, a Jesús, el cual es fiel al que lo constituyó, como lo fue Moisés en toda su casa.

Al comenzar este segmento, el autor se dirige a los destinatarios con un término de parentesco, hermanos o hermanos y hermanas, y con un término de pureza, santos, santos hermanos y hermanas. Ambos son componentes importantes de la identidad cristiana en el primer siglo. Tal vez todavía hoy estemos acostumbrados a hablar de nuestros hermanos cristianos como hermanos y hermanas, incluso a dirigirnos a ellos como hermano o hermana.

Con suerte, no hemos perdido lo que era realmente importante acerca de esta identidad, es decir, un nivel de profundo compromiso mutuo, de modo que, como estamos relacionados por la sangre de Cristo, ahora vamos a extendernos unos a

otros el amor, el cuidado, el apoyo, la preocupación que los hermanos naturales, cuando se portan lo mejor posible, se brindan entre sí. Además, la etiqueta de santos es un sutil recordatorio de los límites sociales que Dios mismo ha establecido en torno a la audiencia. Han sido apartados del resto de la humanidad en virtud de su venida a Cristo y de recibir los beneficios purificadores de la muerte de Cristo en su lugar.

Se han convertido en un pueblo apartado, así como en un nuevo grupo de parentesco encargado de apoyarse mutuamente a lo largo de este camino. También son compañeros de un llamado celestial. Esto es algo que el autor ha ido introduciendo sutilmente en su sermón desde el principio.

En 1:14, el autor habla de los oyentes como de aquellos que están a punto de heredar la liberación, y como de los hijos e hijas que están siendo conducidos a la gloria en el capítulo 2, versículo 10. Mantiene ante los oyentes el mayor destino que les espera debido a su asociación con Cristo y les recuerda que es posible que reciban un mayor honor debido a esa relación que el que jamás sería posible sin Cristo. En la cláusula principal del capítulo 3, versículo 1, el autor los insta una vez más a considerar a Jesús.

El autor sigue poniendo a Jesús ante los ojos de la congregación, llenando su vista con este único punto focal mientras contemplan los cursos de acción que se les presentan en su situación. Mirar al sol cambia su orientación hacia el momento presente. Si permiten que su mirada se distraiga simplemente con sus circunstancias actuales, que son en el mejor de los casos mediocres y en el peor degradantes, la dirección de su impulso interno se desconectará del compromiso cristiano y se reposicionará hacia la rehabilitación a los ojos de sus vecinos.

Sin embargo, si Jesús sigue llenando el campo de visión de los oyentes, su atención se centrará en lo que Jesús ha hecho por ellos, en la obligación que tienen con este gran benefactor, en el honor de Jesús y, por lo tanto, en el honor que se le debe a Jesús en cada una de sus acciones. Así, esta estrategia se convierte en una parte muy importante de los medios que utiliza el autor para abordar las necesidades pastorales de sus oyentes. Presenta a Jesús aquí de una manera muy distintiva como el apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión.

No estamos acostumbrados a pensar en Jesús como un apóstol. Jesús tiene apóstoles. ¿Cómo, entonces, es Jesús mismo un apóstol, un mensajero, un enviado? Pero entonces recordamos que el autor de Hebreos está muy interesado en Jesús como aquel en quien se entregó la palabra suprema de Dios.

Este fue el punto del párrafo inicial del sermón y también la exhortación inicial en el capítulo 2, versículos 1 al 4. Esto también está en consonancia con el énfasis del autor a lo largo del libro en la importancia de responder a las palabras pronunciadas

por Dios en el sol. Por supuesto, Jesús como sumo sacerdote es un tema que el autor desarrollará en profundidad, primero en el capítulo 5 y luego en mayor profundidad en los capítulos 7 al 10. El autor continúa en el capítulo 3, versículo 2, diciendo que Jesús fue, en la cita, fiel a quien lo designó, así como Moisés fue fiel en toda la casa de Dios.

En este versículo, el autor está recontextualizando palabras de Números 12 versículo 7 y, de ese modo, invitando a ese texto más antiguo a entrar en conversación con lo que ahora está diciendo en este sermón. Sin embargo, ha dejado de lado una palabra clave de Números 12:7, a saber, siervo. La mencionará en tan solo unos pocos versículos como el remate de esta comparación que muestra la superioridad de Jesús como hijo sobre Moisés como siervo.

el capítulo 12 de Números, versículos 6 y 7, se habla del acceso más directo de Moisés a Dios y de la comunicación más directa de Dios con Moisés que en el caso de otros profetas a quienes Dios sólo les habló misericordiosamente en sueños y visiones. En el contexto de Números, se elogia a Moisés como fiel o encargado de toda mi casa. Esto, de nuevo, es un punto de comparación apropiado porque, como el autor comienza el sermón, el hijo es el portador de una palabra más confiable y fiel que cualquiera de los profetas que sólo dieron indicaciones parciales del plan de Dios.

Esta comparación no tiene como objetivo en modo alguno menospreciar a Moisés. Las comparaciones en los discursos antiguos solían tener como único fin elevar el tema del discurso. Un orador elegía figuras nobles con las que comparar el tema de su propia alabanza, y Moisés es famoso en la tradición como vehículo para la expresión de la palabra de Dios.

Moisés también es famoso como mediador del pueblo, y a menudo es un mediador exitoso si recordamos aquellos casos en los que Moisés básicamente se interpuso entre el pueblo y Dios, implorando la misericordia de Dios en su favor. Dios también reforzó la palabra pronunciada por Moisés en muchas ocasiones en el Pentateuco. Todo esto funciona en conjunto para reforzar el punto principal que el autor está planteando, es decir, que Jesús tiene mayor valor como enviado de Dios, con su propio mensaje que necesita ser atendido y que Jesús tiene mayor valor como mediador entre Dios y el pueblo.

De este modo, la introducción se centra tanto en Jesús como apóstol y como sumo sacerdote, como mensajero y como mediador. El punto de partida de esta comparación es la fidelidad de ambas figuras a Dios. Jesús, a quien lo nombró enviado y sumo sacerdote, y Moisés, nombrado en su propia calidad.

A medida que se desarrolla la analogía, veremos el punto de diferenciación que introduce el autor para mostrar la superioridad de Jesús en este caso. Es decir, su

posición superior como hijo sobre la familia en lugar de ser simplemente un sirviente dentro de ella, y por lo tanto la posición de Jesús más cercana al jefe supremo de la familia, es decir, Dios. El autor procede en el versículo tres a hablar del mayor honor que pertenece al hijo.

Como escribe, éste es digno de mayor honor que Moisés en la medida en que el que construye la casa tiene mayor honor que la casa. Toda casa es fundada por alguien, pero el que funda todas las cosas es Dios. Sí, Moisés es honrado, pero el hijo es honrado aún más.

Para ilustrar este punto, construye una analogía que puede parecernos un tanto extraña. Jesús es para Moisés como un constructor, como una casa, y como Dios es para toda la creación. Esta analogía probablemente funciona para el autor y los oyentes debido a sus convicciones compartidas sobre el papel del Hijo en la creación.

Jesús, como hijo, participó en la construcción de la casa, no de la creación en general, sino del cuerpo de los fieles de toda época y lugar dentro del cual Moisés sólo sirvió. Por lo tanto, en virtud de su mayor ser como hijo divino y su mayor papel en la casa como cocreador, el hijo goza de mayor honor. Entonces, como continúa el autor, Moisés, por un lado, fue fiel en toda su casa como siervo con el propósito de dar testimonio de las cosas que se dirían más tarde, pero Cristo fue fiel como hijo sobre su casa, cuya casa somos nosotros si nos aferramos a la valentía y al orgullo de nuestra esperanza.

El término de Números 12:7 que el autor no introdujo antes en este párrafo es el término siervo. En Números, leemos: No así con mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. El autor quiso dejar eso para este punto para dejar en claro la distinción entre Moisés como siervo en la casa y Jesús como hijo a cargo de la casa.

Como heredero de esa casa, Jesús ocupa una posición superior a la de un esclavo o sirviente dentro de la casa. El autor completa esta afirmación recordando a los oyentes que juntos constituimos esta casa que Dios ha construido. Al hacerlo, les ha recordado a los oyentes el honor que disfrutaban en virtud de su propia fidelidad hacia Jesús, es decir, haber sido adoptados en la casa de Dios y, por lo tanto, haber compartido la gloria y el honor de su hermano mayor, Jesús.

El autor, sin embargo, también introduce las condiciones para seguir disfrutando de este honor y la esperanza que conlleva, es decir, la esperanza de la gloria. Escribe que somos su casa si nos aferramos a la confianza y a la gloria de la esperanza. La confianza en la epístola a los Hebreos representa la palabra griega *parresía*.

Esta es una palabra con una variedad de significados, y el autor de Hebreos probablemente recurre a varios de ellos a lo largo de su sermón. Insta a tener valentía hacia Dios, pero también hacia el prójimo en lugar de dejarse intimidar por

ellos para que guarden silencio sobre su lealtad o su conexión con Cristo, o para que se sometan de tal manera que abandonen al grupo cristiano. Parresía es una palabra que se usaba con frecuencia en el discurso político griego para referirse a la libertad de expresión o al discurso franco que disfrutaban los ciudadanos en una ciudad.

Esto era lo que estaba en juego cuando un tirano conquistaba una ciudad y trataba de imponer su voluntad. ¿Mantendrían los ciudadanos su parresía y hablarían al tirano desde su libertad innata o se dejarían intimidar hasta la sumisión y dirían lo que el tirano quisiera oír con tal de preservar su disfrute de un bienestar temporal? El autor aplicará esto a la situación de los destinatarios para quienes la sociedad ha asumido el papel del tirano. ¿Permitirán que los intentos de la sociedad de avergonzarlos o intimidarlos aplasten su expresión audaz acerca de lo que Cristo ha hecho por ellos y acerca de su esperanza en Cristo? La palabra griega también aparece en este versículo.

Esta palabra indica una pretensión de honor o una jactancia que vuelve a recordar a los oyentes, frente a las pretensiones contrarias de su vecino acerca de su honor, que su asociación con Jesús les ha dado en verdad una valiosa pretensión de honor, a la que serían necios si renunciaran. La comparación entre Jesús y Moisés en Hebreos 3:1 al 6 lleva naturalmente al autor a considerar cómo respondió el pueblo a la palabra que Dios había hablado por medio de Moisés y, por lo tanto, a desarrollar el fracaso de la generación del desierto como un ejemplo negativo que sus propios destinatarios deben tener cuidado de no imitar en su situación actual. El autor aborda tanto el ejemplo como la exhortación a través del Salmo 95.

La segunda mitad del salmo se refiere al fracaso de la generación del desierto y ya utiliza su ejemplo como base para una exhortación a prestar atención y responder bien a lo que Dios está haciendo. Y así escribe el autor, por tanto, tal como dice el Espíritu Santo hoy, si escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la rebelión como en el día de la prueba en el desierto cuando vuestros padres me pusieron a prueba y vieron mis obras durante 40 años. Por eso, me enojé con esa generación, y dije: Siempre andan errantes en su corazón, y no han conocido mis caminos; pues juré en mi ira que no entrarán en mi reposo.

Si comparamos la forma en que el autor de Hebreos presenta el texto del Salmo 95 y la forma en que probablemente leemos el Salmo 95 en el Antiguo Testamento de nuestras Biblias en inglés, es probable que notemos algunas pequeñas diferencias. Esto se debe a que los traductores ingleses de nuestras Biblias traducen el Antiguo Testamento directamente de un texto hebreo, pero el autor de Hebreos se basa en el texto del Salmo que se encuentra en la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento hebreo que fue utilizada por los judíos de habla griega desde el siglo II o III a. C. Esta traducción griega fue la que se convirtió en la forma principal en la que los primeros cristianos en todo el Mediterráneo oriental también conocían sus escrituras del Antiguo Testamento.

En el texto hebreo, el salmista se refiere a tres incidentes diferentes en los que la generación del Éxodo tropezó en su respuesta a Dios. El incidente en Meriba, donde los hebreos errantes se quejaron contra Dios y Moisés por la falta de agua, se describe en Éxodo 17:1 al 7. Luego, el incidente en Massa, donde se quejaron una segunda vez por la falta de agua, como leemos en Números 20, versículos 2 al 13. Luego, finalmente, el incidente en el umbral de la entrada a Canaán, donde el pueblo se rebeló en lugar de avanzar para tomar la tierra como se relata en Números 14.

La versión de la Septuaginta básicamente hace que los dos primeros eventos, perdón, pero esencialmente enmascara los dos primeros eventos al traducir los nombres de los lugares Massa y Meribah como palabras comunes, amargura y prueba. Por lo tanto, todo el pasaje ahora puede leerse como un reflejo del episodio único relatado en Números 14. Esa historia de Números 14 probablemente sea familiar para muchos oyentes.

A las puertas de entrar en la tierra prometida, el pueblo hebreo decidió enviar espías a la tierra para ver a qué se enfrentarían si intentaban tomar Canaán como Dios les había ordenado. Eligieron un espía de cada una de las 12 tribus y, cuando los espías regresaron, 10 de ellos dijeron que no había manera de que pudiéramos tomar la tierra. Los habitantes eran fuertes.

Sus ciudades están bien fortificadas. No vamos a tener éxito. Sin embargo, dos de los espías, Josué y Caleb, dijeron que la tierra era buena.

Estaba a punto de ser conquistado, y Dios ciertamente sería fiel a su promesa. El pueblo creyó en el informe de la mayoría. Acusaron a Dios de haberlos llevado al desierto para matarlos allí, y comenzaron a hacer planes para elegir un nuevo líder que reemplazara a Moisés, quien los había llevado por ese camino, y para regresar a Egipto y negociar algún tipo de paz con el faraón y regresar a sus antiguas vidas.

Dios interpretó esto como un acto flagrante de desconfianza, deshonrándolo e incluso llegando al extremo de acusar a Dios de malas intenciones. Entonces Dios jura en su ira que esta generación no entrará. De esa generación solo entrarán Josué y Caleb, junto con los hijos de aquellos rebeldes que finalmente probarían las cosas buenas que Dios había prometido.

Podemos leer estas palabras en Números 14:30, y es a este juramento al que se refiere específicamente el Salmo 95 versículo 11. Por eso juré en mi ira: No entrarán en mi reposo. Volviendo a nuestro sermón, el autor de Hebreos introduce algunos elementos esenciales y estratégicos al abordar el relato de Números 14 a través del texto del Salmo 95.

El texto del Salmo vuelve a subrayar la importancia de escuchar la palabra que Dios nos habla y de caminar en sintonía con ella. Hoy, si escucháis su voz, no endurezcáis vuestro corazón. A los oyentes del sermón se les exhorta directamente a escuchar la palabra de Dios que han recibido en el Hijo.

Y eso se agita en sus propios corazones mientras escuchan el sermón en lugar de endurecer sus corazones contra lo que oyeron de Dios en su propio encuentro con el Espíritu Santo y el Cristo viviente con el fin de regresar a la aceptación y estima de su prójimo, el equivalente de un regreso a Egipto. El Salmo también presenta un ejemplo primario de cómo no responder a las promesas de Dios y por qué es una elección tan tonta responder mal porque la generación del desierto, por supuesto, perdió el beneficio que Dios había planeado darles desde el principio y terminó cumpliendo sus propios peores temores para sí mismos, ya que toda la generación realmente cayó muerta en el desierto durante los siguientes 40 años. Después de recitar el Salmo 95, el autor pasa inmediatamente a mirar más de cerca y aplicar el episodio de Números 14, la rebelión de la generación del Éxodo, a la situación de sus propios oyentes.

Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros un corazón malo que os aparte del Dios vivo. Antes bien, exhortaos los unos a los otros cada día, mientras dure el día de hoy, para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Pues somos hechos partícipes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin la primicia de la sustancia de nuestra esperanza.

Así como dice: Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestro corazón como en la rebelión. Al iniciar esta exhortación, el autor recuerda a los oyentes la importancia de cuidarnos unos a otros en la fe. Les dice a todos con un imperativo plural: tengan cuidado, todos, no sea que alguno de ustedes experimente un corazón perverso de desconfianza.

La perseverancia de uno es responsabilidad de muchos. Esto forma parte de una estrategia permanente que el autor muestra para alentar a la congregación a convertirse en una base social sólida de apoyo para la perseverancia individual en el discipulado. También los llama nuevamente hermanos y hermanas, recordándoles que su afiliación primaria ahora, su familia primaria ahora, se encuentra en cada uno de ellos, la familia que Dios ha reunido alrededor del Hijo.

Les advierte contra el peligro de un corazón malvado y desconfiado que se manifiesta en el alejamiento del Dios vivo. Al hacerlo, el autor se basa en un tema cultural y moral bien conocido, que es, de hecho, una falta de virtud en nosotros mismos que no reconocemos la virtud de otro. No reconocer la confiabilidad esencial de Dios no es un juicio contra Dios.

Es un juicio sobre nosotros mismos y sobre nuestro fracaso moral. Por lo tanto, un corazón que desconfía de Dios es un corazón de maldad, de perversidad en sí mismo. El autor les advierte que, en cambio, sigan animándose unos a otros a diario, haciendo hincapié una vez más en la necesidad de un refuerzo social del compromiso individual.

Y aquí introduce otra palabra del salmo, mientras se le llama hoy. Este fue el punto de partida de la cita del salmo: “si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. Sin embargo, en la forma en que el autor la utiliza, mientras se le llama hoy, el autor recuerda sutilmente a los oyentes las expectativas escatológicas que han acompañado al evangelio cristiano.

No siempre habrá un hoy, por eso es mejor aprovechar este día para prepararnos para el último día, el día que se acerca cada vez más, el día del regreso de Cristo y el día de rendir cuentas ante él. ¿Cuál es la operación de este pecado que amenaza con engañar a los oyentes, con endurecerlos? En su contexto particular, el pecado es ese impulso o esa voz que los aleja de lo que Dios promete hacia lo que el mundo puede ofrecer. Es ese impulso a dejar de pagar el precio de la fidelidad a Dios, de la gratitud hacia el hijo, por el deseo de gratificarse con las cosas buenas que esta vida puede proporcionar.

En concreto, en su caso, el honor y el respeto de sus vecinos una vez más y los beneficios que pueden derivar de restablecer esas redes sociales. Esta es una forma estratégica que tiene el autor de matizar esos impulsos. No se trata de sopesar dos alternativas igualmente potenciales, dos alternativas igualmente valiosas.

Esto no es escuchar atentamente las palabras de nuestros vecinos o de nuestros familiares que ahora están alejados de nosotros. El impulso a desertar del grupo cristiano es, de hecho, la obra del engaño del pecado dentro de nosotros. Cualquiera sean las voces que este poder del pecado use para obrar su magia seductora sobre nosotros.

El autor continúa diciendo que somos hechos partícipes de Cristo si retenemos firme hasta el fin la primera parte de la sustancia de lo que esperamos. Esta frase de 3:14 inmediatamente nos recuerda lo que el autor acaba de decir en 3:6. Somos su casa si nos aferramos a nuestra confianza y a nuestra gloria en la esperanza. El estatus que se disfruta como coherederos con Cristo, como partícipes del hijo, es un estatus que tiene condiciones.

No es el comienzo del camino cristiano lo que comunica la recompensa de Dios, sino la perseverancia en el camino y la llegada al final del mismo lo que permite entrar en la recompensa de Dios. Esto es algo que el autor quiere inculcar con fuerza a los oyentes. Es necesario que continúen y no desistan si esperan llegar a la salvación prometida, es decir, a la patria eterna de Dios.

En 3:16-19, el autor formula una serie de preguntas y respuestas que resaltan algunos de los detalles de la historia de la generación en el desierto en Números 14. ¿Quiénes son aquellos que, habiendo oído, se rebelaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto con Moisés? ¿Quiénes son aquellos con quienes Dios estuvo enojado durante 40 años? ¿No fueron los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Sobre quiénes juró que no entrarían en su reposo, excepto aquellos que fueron desobedientes? Y vemos que no pudieron entrar debido a la desconfianza. El autor ha entretelado lenguaje de la historia de Números 14 para cimentar esa conexión.

Al hacerlo, ha puesto de relieve dos deficiencias importantes en la generación del desierto que espera que no se manifiesten también en su congregación. La primera es la desobediencia. El Señor había ordenado al pueblo que entrara en la tierra, pero ellos desobedecieron por temor a la resistencia que encontrarían al seguir adelante.

La segunda es la desconfianza. Como se lamenta Dios en Números 14:11, ¿hasta cuándo este pueblo no confiará en mí? Confianza y desconfianza son palabras que aparecen a menudo en el contexto del discurso sobre las relaciones entre patrón y cliente. Un cliente debe confiar y tener fe en su patrón para que le brinde la ayuda que necesita.

Un cliente debe confiar en que su cliente no lo deshonrará por la manera en que actúe en el contexto de esa relación. El autor destaca estas dos cosas como los principales vicios que los oyentes deben evitar en su situación. No deben dejar de confiar en las promesas que Dios ha dado, y no deben dejar de obedecer para andar en línea con esas mismas promesas.

El autor utiliza el Éxodo y la entrada en Canaán como marco para la narración de la situación de los oyentes. Quiere que se vean a sí mismos en el mismo umbral de la entrada a la tierra que les fue prometida. Utiliza Números 14 como el relato bíblico más apropiado para presentar una analogía de su situación.

¿Se quedarán cortos en el umbral mismo de la entrada al reino divino, o avanzarán con valentía? ¿Dominarán los impulsos hacia la desobediencia y la desconfianza y serán capaces de cruzar por donde sus antecesores espirituales habían fracasado? En el cuarto capítulo de Hebreos, el predicador continúa mostrando a los destinatarios cómo se encuentran en una situación análoga a la de la generación del desierto. Comienza con un llamamiento a sus emociones, invitándolos a tener miedo. Tengamos miedo, no sea que mientras aún quede una promesa de entrar en su descanso, alguno de ustedes piense que se queda corto.

Tales apelaciones a las emociones, como la que se hace aquí al miedo, eran elementos comunes del antiguo arte de la persuasión. Estos discursos y sermones

antiguos no tenían como objetivo ser meros intentos cerebrales y lógicos de argumentación, sino involucrar a la persona completa de los oyentes, incluidas sus emociones. Como reconoció Aristóteles y escribió en su libro de texto sobre retórica, las personas toman decisiones diferentes en función del estado mental emocional en el que se encuentren en ese momento.

El autor quiere que sus oyentes no teman a sus vecinos ni a sus circunstancias, ni a lo que aún tengan que soportar a causa de su compromiso con Jesús. No quiere que teman no recibir lo que Dios tiene para ellos porque en algún momento del camino decidieron abandonar esa relación con el Todopoderoso. La promesa de entrar en el reposo de Dios aquí es, para el autor, algo muy diferente a la promesa de entrar y poseer la tierra de Canaán.

El autor continuará demostrando esto a medida que se desarrolla el capítulo cuatro. Aquí, basta con decir que el autor considera esencialmente que el juramento del Salmo 95 versículo 11, y juré en mi ira que no entrarían en mi reposo, se refiere a algo diferente, aunque vinculado con, el juramento de Números 14.30, donde Dios había dicho, ninguno de ustedes entrará en la tierra en la cual juré establecerlos, excepto Caleb y Josué. El juramento en Números 14 se refiere específicamente a Canaán, pero el autor de Hebreos considera que el juramento del Salmo 95 versículo 11 se refiere a una tierra prometida diferente, la tierra de la propia morada de Dios en el cielo más allá de los cielos visibles.

El autor continúa desarrollando las analogías entre la situación del oyente y la generación del desierto en su momento de deserción a medida que el autor continúa escribiendo, porque también recibimos buenas noticias al igual que ellos, pero la palabra del informe no los benefició ya que no se unieron por la fe con los que oyeron o los que prestaron atención. El autor continúa recordando elementos de la historia de Números 14, específicamente la desconfianza que los buenos informes de Josué y Caleb sobre la tierra prometida despertaron entre los antiguos hebreos. Dado que la mayor parte de la generación del desierto no pudo unirse en confianza con aquellos que estaban preparados para prestar atención y obedecer la palabra de Dios, es decir, Josué y Caleb, no alcanzaron el destino que Dios les había fijado.

Los oyentes, por supuesto, reconocerían que la buena noticia que les llegaba era la buena noticia acerca de Cristo, el evangelio. El desafío que el autor plantea aquí es implícito: ¿cuál será nuestra respuesta a la buena noticia que hemos recibido? ¿Encontrará confianza y, por lo tanto, nos llevará a avanzar en respuesta a esta buena noticia o a esta buena palabra? El autor continúa dirigiéndose a los oyentes para identificarse como personas que, de hecho, avanzarán con confianza en el versículo siguiente.

Nosotros, los que creemos, somos los que entramos en el reposo. Él quiere que los oyentes se vean reflejados en esa descripción. Nosotros, los que creemos, los que

mostramos confianza, para que sigan invirtiendo plenamente en nosotros como si las promesas que han oído en relación con Cristo fueran totalmente fiables y pudieran ponerse en práctica de manera ventajosa.

A medida que el sermón avanza a partir de aquí, el autor entra en un argumento un tanto enrevesado sobre la base de las Escrituras para responder a la pregunta, ¿qué es el reposo de Dios? ¿Y cómo podemos estar seguros de que este reposo, esta promesa de entrar en el reposo, todavía está ante nosotros? El autor continúa con su exposición. Tal como dijo, como juré en mi ira, no entrarán en mi reposo, aunque sus obras habían existido desde la fundación del mundo. El Salmo 95 habla de entrar en el reposo de Dios, lo que lleva a nuestro predicador a Génesis 2, versículo 2. Porque dice en alguna parte acerca del séptimo día, y Dios descansó en el séptimo día de todas sus obras.

Vemos aquí una estrategia interpretativa judía rabínica o, en realidad, prerrabínica, según la cual una palabra clave en un versículo lleva al intérprete a la misma palabra clave en otro versículo. En este caso, esa palabra clave es descanso. Estos dos versículos se utilizan entonces para interpretarse entre sí.

La implicación que el autor extrae de estos dos textos que actúan juntos es que los seres humanos están invitados no sólo al ámbito geográfico de Canaán sino también al lugar de descanso de Dios, el lugar donde Dios descansó después de la creación, el lugar que se encuentra en el ámbito más allá de la creación. La generación del Éxodo fue excluida de esto debido a su desconfianza y desobediencia. Pero Dios renueva la invitación a una nueva generación de oyentes a través del texto del Salmo, ya que el Salmo exhorta a esta nueva generación a no endurecer sus corazones a lo que el Espíritu está diciendo, y así evitar el destino de la generación del Éxodo.

Nuestro autor, por lo tanto, concluye que todavía falta que algunos entren en ese reposo. El autor está realizando una interpretación de las Escrituras que depende de la cronología de las expresiones bíblicas. El hecho de que el salmista, a quien el autor de Hebreos relaciona naturalmente con el rey David, dijera algo acerca de una promesa de entrar en el reposo de Dios siglos después de que el pueblo histórico de los hebreos llegara a Canaán indica para el autor que hay un lugar de reposo mucho mayor, un lugar de promesa más allá de esa pequeña parcela geográfica de tierra que era objeto del Israel histórico.

El autor continúa diciendo: Por lo tanto, falta que algunos entren en este reposo, y los primeros, el pueblo anterior, habiendo sido efectivamente evangelizado, no entraron por causa de la desobediencia; nuevamente, Dios establece un día determinado. Hoy, como dice David, después de tanto tiempo, como dijo, hoy si escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones. Si Josué les hubiera dado el reposo, Dios no habría hablado después de tantos días de otro reposo.

Estos versículos emplean un argumento contrario. Si Josué, de hecho, al llevar al pueblo a Canaán, les había dado el descanso prometido por Dios, ¿qué sentido tendría entonces que el salmista hablara de entrar en el descanso de Dios si uno presta atención a la palabra de Dios y no endurece su corazón? Por lo tanto, el autor concluye en Hebreos 4:9 que todavía queda un descanso sabático para el pueblo de Dios. El autor cree que ha establecido el hecho de que todavía les espera un descanso futuro a los fieles, y ahora lo llama descanso sabático en consonancia con su identificación de este descanso futuro con ese reino de Dios donde Dios descansó de sus propias obras al concluir la creación.

El autor concluye esta sección diciendo que el que entra en su reposo también ha descansado de todas sus obras, así como Dios descansó de las suyas. Ahora bien, este versículo generalmente se ha leído como una declaración acerca de cualquiera que entra en el reposo de Dios, pero vale la pena considerar que el autor tiene en mente a una persona muy específica que ha entrado en el reposo de Dios, a saber, Jesús, el único individuo que ha entrado en el reino del reposo de Dios en virtud de su ascensión a través de los cielos a la presencia misma de Dios. Este Jesús también ha descansado de sus propias obras, como el autor explicará a continuación en el capítulo 10, versículos 11 al 13.

Todo sacerdote está de pie diariamente mientras sirve y ofrece los mismos sacrificios con frecuencia, pero este Jesús, habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados para siempre, se sentó a la diestra de Dios, esperando el tiempo que queda hasta que sus enemigos sean puestos como estrado bajo sus pies. La obra sacerdotal de Cristo está cumplida, y por lo tanto, él puede sentarse a la diestra de Dios en lugar de permanecer de pie como deben hacerlo los sacerdotes cuya obra está incompleta. El descanso del que se habla en Hebreos 3:7 al 4, 11, entonces, no debe identificarse con nada perteneciente al mundo material visible.

Es el lugar donde Dios vive, donde Jesús ha ido como precursor en nuestro nombre, y donde también entraremos en la eliminación del reino creado e impermanente. Esta es la esperanza que el autor tiene ante su audiencia, instándolos a no repetir los errores de la generación del desierto. En 4:11 a 13, el autor ahora completa el segundo segmento principal de este sermón que comenzó en 3:1, un segmento al que se le ha dado coherencia por el enfoque del autor en Moisés y la generación del Éxodo como modelos de cómo, en efecto, no responder a la palabra y promesa de Dios.

En este llamamiento final, el autor escribe, por tanto, que hagamos todo lo posible por entrar en ese descanso, de modo que ninguno de vosotros caiga en el mismo patrón de desobediencia. El autor, por tanto, está restableciendo el punto de enfoque del público sobre lo que debe tratar de lograr basándose en cómo la historia de Números 14 le ha proporcionado un marco interpretativo para analizar la propia situación del destinatario. El autor quiere que centren sus ambiciones, por encima de

todo, en entrar en el reino divino y cruzar el umbral desde esta creación material temporal que está destinada a la destrucción hacia el reino permanente de la presencia misma de Dios.

El autor destaca este hecho como la razón por la que deben esforzarse al máximo y evitar las deficiencias de desconfianza y desobediencia que obstaculizaron la capacidad de la generación del desierto para cruzar su umbral geográfico hacia la tierra prometida de Canaán. Su modelo de desobediencia no debe ser imitado. El autor, al darnos un subjuntivo exhortativo en plural, nos permite hacer todos los esfuerzos posibles.

Y luego, en una cláusula de propósito, volvemos a un sujeto singular con un verbo singular para que ninguno de ustedes vuelva a poner énfasis en la inversión que se requiere de todo el cuerpo de Cristo si cada individuo en ese cuerpo va a perseverar hasta el fin. En este sermón se nos llama repetidamente a velar y cuidarnos unos a otros. Llegamos en este punto a un par de versículos de Hebreos que pueden estar entre los más famosos del libro.

En mi infancia no fui muy dado a memorizar las Escrituras, pero uno de los pocos versículos que me animaban a memorizar en la escuela dominical era, de hecho, Hebreos 4:12-13, que siempre había tomado como algo en general sobre la palabra de Dios, sobre la Escritura en general. Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los deseos y los pensamientos del corazón. Y no hay criatura alguna que esté oculta ante él, sino que todos están desnudos, con la garganta descubierta ante los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas.

Estos famosos versículos se ofrecen como justificación para adoptar la mentalidad y el curso de acción que el autor anunció en el capítulo 4, versículo 11. Esforcémonos por entrar en ese reposo, para que ninguno de vosotros se quede atrás, cayendo en el mismo patrón de desobediencia. El peligro de quedarse atrás se ve amplificado por estos versículos sobre el poder de la palabra de Dios.

Y estos versículos son en realidad mucho más amenazadores de lo que mis maestros de la escuela dominical me hicieron creer mientras los memorizaba. La palabra de Dios ha sido el tema del sermón hasta este punto. Se ha enfatizado mucho en los primeros cuatro versículos del sermón, nuevamente en el capítulo 2, versículos 1 al 4, la advertencia inicial del sermón, y luego en la cita del Salmo 95, versículo 7, en Hebreos 3, versículo 7, y luego con frecuencia a lo largo de 3.7 al 4.7. La mención de la palabra de Dios siempre está relacionada con el peligro de no darle a esa palabra la debida atención y respuesta.

Hebreos 4, versículos 12 y 13 se ajustan a ese patrón. Subraya el llamado a los oyentes en 4:1 a tener miedo de endurecer sus corazones contra la palabra de Dios, de no responder con obediencia agradecida a la ayuda que Dios ha mostrado y a las promesas que aún deben recibir de Dios. La imagen que se incorpora aquí, especialmente en 4:13, es la de un acusado llevado ante un juez cuyos ojos pueden penetrar hasta el alma y, por lo tanto, la culpabilidad de este acusado.

De esta manera, se le hace notar al destinatario la vulnerabilidad que le produce el escrutinio penetrante de Dios. Además, el participio griego del texto original, que normalmente se traduce simplemente como “desnudo” o “expuesto”, en realidad se refiere mucho más plenamente al criminal condenado cuya garganta queda expuesta a la espada del verdugo. Quienes saben griego pueden ver la mayor parte de la palabra tráquea en ese participio griego.

El autor coloca a los destinatarios ante Dios desnudos, con la garganta hacia atrás, esperando el golpe de la palabra que es más cortante que cualquier espada de dos filos, para reforzar su afirmación de que la desconfianza y la desobediencia hacia Dios son realmente los mayores peligros que enfrenta la audiencia, no los peligros del rechazo del prójimo que ya han convencido a algunos de ellos de que es ventajoso alejarse del compromiso con el grupo cristiano. Hebreos 3:1 a 4:13 cumple varios pasos importantes en la estrategia retórica del autor para acercar a los oyentes a la respuesta de fidelidad que él quiere ver encarnada en medio de ellos. Por un lado, ha usado la repetición de la frase, entrar en mi descanso o entrar en el descanso de Dios a lo largo de todo este bloque de material como una forma de impresionar a los oyentes este movimiento hacia adelante hacia el reino divino y hacia su herencia eterna como aquello que debería ocupar su atención más plenamente.

El hecho de que esta frase se repita en esta sección no menos de ocho veces es una representación textual de cuánto deben ocuparse ellos mismos de entrar en el descanso de Dios y asegurarse de no fallar en esa búsqueda. Este pasaje también ha esbozado muy claramente para los oyentes, una vez más, la oportunidad y el peligro en su momento presente. La oportunidad es la de acercarse a entrar en el descanso de Dios.

El peligro es volver a caer en un lugar donde se encontrarán con Dios como juez debido a su desconfianza y desobediencia. El autor pretende exponer cuidadosamente las oportunidades y los peligros para reemplazar otras posibles identificaciones por parte de la audiencia de oportunidades que podrían perseguir y peligros que deben evitarse. En particular, los pocos miembros de la congregación que ya han dejado de salir a adorar juntos con la comunidad cristiana han identificado claramente que la oportunidad del momento es recuperar nuestro lugar en la sociedad de nuestros vecinos, y el peligro que hay que evitar es desperdiciar el

resto de nuestras vidas naturales debido a nuestro compromiso con esta superstición extranjera que ha crecido en medio de nuestra ciudad.

En la medida en que los oyentes acepten la reformulación que hace el autor de los verdaderos desafíos del momento, seguirán viviendo o volverán a vivir de acuerdo con su compromiso con Dios y Cristo, con su compromiso con el grupo cristiano, su testimonio y su práctica. Esta porción de Hebreos también continúa desafiando a los cristianos de todas las generaciones hasta la nuestra. Nos pone de relieve los peligros de la esclerosis espiritual, ese endurecimiento del corazón ante la palabra de Dios contra el cual nos advierte el autor.

Este endurecimiento puede ocurrir de muchas maneras. Una de las más comunes e insidiosas es la que ocurre cuando, después de nuestro fervor inicial al venir a Cristo, permitimos que las voces que nos rodean, ya sean las de nuestra familia, nuestros amigos, nuestros asociados, incluso voces impersonales como las voces de los anuncios y la propaganda política, reemplacen nuestra pasión por Dios y la vida con Dios por un renovado interés en adquirir y disfrutar las cosas de esta vida que pueden o no ser malas en sí mismas, pero que, en la medida en que nos distraen de prestar atención y responder a Dios, representan un tremendo peligro. Y, por supuesto, está el endurecimiento que ocurre cuando nos comprometemos nuevamente a cumplir con nuestros propios planes para nuestra vida, a satisfacer nuestros propios deseos y a hacer nuestra voluntad antes que la voluntad de Dios.

El autor quiere que seamos muy conscientes de que esto es un gran peligro para nuestras almas y que debemos permanecer en guardia. En este proceso de estar alerta, nos recuerda la importancia de nuestros hermanos cristianos si queremos seguir respondiendo a la palabra de Dios y evitar el endurecimiento espiritual. El pecado es engañoso.

El autor lo sabe, y una persona engañada a menudo no puede pensar en cómo salir de ese engaño. Necesita que otros puedan ver cómo esa persona ha caído bajo el influjo de impulsos y lógicas que no provienen de Dios y la ayuden a desenredarse de ellos. Por eso, el autor nos recuerda una vez más que la religión no es un asunto privado, al contrario de lo que promulgan especialmente las sociedades occidentales.

Es necesario que nos centremos en Dios y mantengamos la fidelidad a Dios. Es parte de lo que significa convertirse en cristiano y en parte de la familia cristiana. El autor también nos recuerda nuestra responsabilidad ante Dios ahora y en el más allá, que supera todas las demás responsabilidades que podamos sentir.

Me refiero aquí a la lección de Hebreos 4, versículos 12 y 13, que nos recuerda que nuestra última rendición de cuentas es ante Dios, ante quien nadie se esconde, ante quien todos se exponen con la garganta descubierta. Esta palabra, si bien plantea una amenaza, también ofrece una palabra de liberación para los creyentes. Al dirigir

nuestra atención hacia el Dios a quien debemos rendir cuentas, el texto también proclama nuestra libertad respecto de los muchos jueces menores que actúan según otros criterios.

No son los estándares o expectativas de nuestros padres o de nuestros compañeros seculares, no son los prejuicios que nos inculcan desde que nacemos, ni los estándares de vida que se promueven en los anuncios y en los centros comerciales, sino los valores y la visión de Dios los únicos que reclaman nuestra lealtad. Estamos menos inclinados a desviarnos si nos concentramos en ordenar nuestros pensamientos, nuestros pasos y nuestras ambiciones de modo que agrademos a aquel con quien debemos rendir cuentas en última instancia.